

LOS CRÍMENES DE FJÄLLBACKA

CAMILLA LÄCKBERG

El nido del cuco

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

Para Simon

Sábado

OBSERVABA LAS FOTOGRAFÍAS. Sabía que Vivian estaba enfadada porque él había decidido que no irían a la fiesta, pero, sencillamente, no era capaz. Al final, había llegado el momento y se había visto obligado a buscar la verdad. Tal vez hubiera debido hacerlo muchos años atrás.

Había pasado todos aquellos años con esa sensación de angustia alrededor del cuello. Temía las preguntas, las respuestas y todo lo demás. Las decisiones que había tomado llegaron a conformar la clase de persona que era. Y lo que ahora veía en el espejo no le resultaba muy honorable. Optar por vivir la vida con una venda delante de los ojos rara vez era honorable. Al final, se obligó a quitársela y a actuar en función de lo que veía.

Muy despacio y con sumo cuidado, fue sacando las fotografías enmarcadas, una tras otra. Las colocó a lo largo de la pared y las fue contando. Dieciséis. Estaban todas.

Dio unos pasos hacia atrás y se quedó contemplándolas. Luego se volvió hacia los otros marcos que tenía, más sencillos. Sus representantes. Fue escribiendo en pósits el nombre de cada una de las instantáneas, con letras grandes e irregulares. Después los pegó a los marcos con cinta adhesiva. No necesitaba las fotografías para verlos allí mismo, mientras los iba cambiando de sitio por las paredes blancas de la galería. Tenía grabada en la retina cada foto de la próxima exposición, y podría sacarlas todas de la memoria sin problemas y verlas con total claridad.

Le llevaría muchas horas colgar los cuadros de la exposición, seguramente hasta bien entrada la noche. Lo sabía, y mañana pagaría un precio por ello. Ya no era joven. Pero sabía también que, dentro de dos días, en la inauguración, se sentiría más liviano y más libre que en muchos años.

Las consecuencias de lo que había decidido hacer resultarían dramáticas. Pero él no podía tener en consideración algo así. Se había pasado muchos años teniendo demasiada consideración. Todos habían vivido a la negra sombra de sus mentiras. Claro que ahora corrían el riesgo de quedar destrozados, pero él pensaba desvelar aquellas verdades pese a todo. Las suyas y las del resto.

Por lo demás, nunca se había sentido tan libre como en ese momento en que, con sumo cuidado, fijaba el pósit con la palabra «culpa» a uno de los marcos.

Ni siquiera la muerte le daba miedo ya.

ERICA FALCK SE estiró. El calor de la cama la tentaba a quedarse allí tumbada, pero le había prometido a Louise Bauer que se verían para un *powerwalk* dentro de una hora más o menos. A saber por qué había accedido a algo así. Pero seguramente Louise estaría estresada y le iría bien hablar.

—¿De verdad que tenemos que ir a lo de esta noche?

Patrik se lamentó a su lado y se tapó la cara con la almohada. Erica lo apartó y le golpeó con ella con suavidad.

—¡Si va a ser estupendo! Comida muy rica, vino del bueno, tu mujer bien vestida, por una vez...

Patrik cerró los ojos con una mueca de disgusto.

—Son unas bodas de oro, Erica. ¿Qué clase de fiesta es esa? Un montón de invitados repipis y un sinfín de discursos interminables. Ya te imaginas qué clase de personas nos vamos a encontrar.

Volvió a lamentarse.

—Pues vamos a ir de todos modos, así que más te vale hacer de tripas corazón y adoptar una actitud positiva —replicó ella.

Pensó que se había pasado de enérgica, así que se acercó al lado de la cama de Patrik. Le acarició el pecho. El corazón le latía con fuerza allí dentro; costaba creer que hubo un tiempo en que había tenido problemas y, pese a todo, la preocupación siempre estaba presente.

—Louise espera que vayamos. Además, me encanta verte de traje. Estás guapísimo, sobre todo con el azul marino.

—Anda ya, so adúladora.

Patrik la besó despacio, primero en los labios, antes de pasar a un beso más profundo. La atrajo con fuerza y Erica sintió la calidez y la suavidad que su marido le transmitía por todo el cuerpo.

—Los niños pueden llegar en cualquier momento —murmuró con la boca pegada a la de él.

Patrik respondió echando el edredón sobre los dos. Enseguida empezaron a sentir el calor; nada más existía aquella burbuja, solo ellos dos. Sus cuerpos. Sus labios. Su respiración.

Hasta que un golpe sordo confirmó lo que Erica había vaticinado.

—¡Ezcondite!

Noel gritaba de felicidad y daba saltos en la cama. Enseguida apareció Anton como una bala de cañón y aterrizó con puntería en la joya más preciada de Patrik.

—¡Ay, pero me ca...! —Guardó silencio al ver la mirada de su mujer—. ¡Qué caramba!

Noel y Anton se partían de risa. Erica suspiró sonriente. Patrik y ella habían disfrutado de unos segundos a solas, tendrían que conformarse. Se inclinó sobre los pequeños y empezó a hacerles cosquillas mientras ellos aullaban como lobos.

—He intentado que se queden sentados viendo la tele, pero en cuanto me he levantado a por un yogur, se han largado.

Maja apareció en la puerta con el camisón del unicornio mientras los miraba resignada.

—Cariño, no tienes por qué encargarte de ellos por las mañanas, deja que se levanten solos —dijo Patrik, y le hizo una seña para que se acercara.

Maja dudó al principio. Siempre tan responsable. Luego se le dibujó una sonrisa, se abalanzó ella también sobre la cama y se sumó al juego. Erica y Patrik se miraron por encima de la cabeza de los niños. Tenían una familia perfecta. Perfecta por completo.

—¿CREES QUE LLAMARÁN antes o tendremos que esperar al jueves? Ya sabemos que a veces avisan...

Henning Bauer tamborileaba con los dedos en la mesa. Era el primer fin de semana de octubre. Al otro lado de la ventana campaba el otoño, y unas olas grises coronadas de espuma blanca azotaban las rocas lisas de la pequeña isla. Su isla.

Miró a Elisabeth, que estaba sentada a su lado con la taza de té en la mano.

—Nos han dicho que soy uno de los cinco finalistas. Lo que no significa que vaya a ganar, claro está. No tenemos ninguna garantía. Pero, si es así, tengo un veinte por ciento de probabilidades.

Los dedos seguían repiqueteando sobre la mesa.

Su mujer tomó un sorbito de té. Henning admiraba esa calma. Aquella siempre fue la dinámica interna de la pareja cuando se trataba de su obra literaria. Él se alteraba, ella lo calmaba. Él se preocupaba, ella le daba garantías.

Henning siguió con el repiqueteo de los dedos a la espera de que ella respondiera. Necesitaba su confianza. Necesitaba que le dijera que todo iba a salir bien.

Después de tomar unos sorbitos de té, Elisabeth dejó la taza en el plato muy despacio. Llevaban toda la vida de casados tomando el té en esas tazas. Eran uno de los incontables obsequios que les hicieron con motivo de su espléndida boda, y Henning era incapaz de recordar quién se las había regalado.

Fuera, una ola se alzó más potente que las demás y arrojó una cascada de agua contra la ventana panorámica que ocupaba todo el lateral más largo de la casa. La sal del mar siempre dejaba marcas en el cristal, y Nancy, la criada, siempre estaba ocupada tratando de mantenerlo limpio. El archipiélago era implacable con su carácter caprichoso; era como si siempre estuviera tratando de apartar la civilización y de recuperar el territorio perdido.

—No te preocupes, cariño. Llamarán hoy o mañana, o quizá esperen al jueves. O a lo mejor no llaman. Pero si llaman, cosa que yo, lógicamente, creo que harán, tienes que hacerte el sorprendido. No puedes dar a entender que sabíamos que figurabas en la lista definitiva.

Henning asintió con la mirada fija en el cristal.

—Claro que no, cariño. Claro que no.

Siguió tamborileando un ritmo indescifrable a la vez que observaba el dibujo que el agua dejaba en el cristal. Uno de cinco. Debería estar satisfecho con aquello, pero, dado que sabía lo que tenía a su alcance, lo que podía darle una simple llamada telefónica, casi le costaba respirar.

—Anda, vamos, come un poco —dijo Elisabeth acercándole una cesta de pan recién hecho—. Tenemos un largo día por delante, por no hablar de la noche que nos espera, y no quiero enterarme de que te duermes a las diez sentado a la mesa.

Henning alargó la mano en busca de un bollo. Era lo bastante sensato como para obedecer a su mujer. Untó una buena capa de mantequilla, que se derritió enseguida.

—Esta noche vamos a bailar —dijo con la boca llena de pan, y le lanzó un guiño a Elisabeth, que esbozó una sonrisa.

—Esta noche vamos a bailar.

—MADRE MÍA, ¡QUÉ temprano has tomado el barco! ¡Y con este tiempo!

Erica se cubría la cara con la mano para protegerse del viento mientras hacía lo posible por mantener el ritmo de Louise Bauer. Como siempre, era todo un reto. Por rápido que caminara, ella siempre iba más rápido. Y sentir las salpicaduras de las olas que se estrellaban en tierra a unos metros de ella no mejoraba las cosas. Las casas de madera las protegían ligeramente, pero Erica casi las veía encogerse también al paso del viento.

—Bah, si de todos modos me levanto a las seis todas las mañanas —dijo Louise—. Y como el día de hoy va a ser largo, porque soy la responsable de todo lo relacionado con la fiesta, me parecía necesario empezar con un *powerwalk*.

Erica hizo un gesto de resignación. Al mismo tiempo, comprendía que Louise necesitara despejar la cabeza. Ser ayudante de Henning Bauer, su suegro y uno de los escritores más aclamados de Suecia, no debía de ser nada sencillo.

—Pues yo nunca he tenido la sensación de que un *powerwalk* pudiera ser necesario —murmuró—. De hecho, ahora que lo pienso creo que nunca he tenido la sensación de que fuera necesaria ninguna forma de actividad física.

Louise se rio.

—Qué graciosa. Pues claro que es necesario. ¡Recargas energía para el resto de la jornada!

Erica se esforzaba por hablar cuando subían la cuesta de Gälärbacken a un ritmo demasiado rápido. Se cerró un poco más la chaqueta de Helly-Hansen. Louise llevaba ropa deportiva que le quedaba perfecta, y que la protegía del viento y de la lluvia.

—Me encanta la sensación posterior, si es eso lo que quieres decir. Pero ¿mientras tanto? Pues no. Nada de nada. Aunque sé que me hace falta.

Erica se paró a recuperar el aliento. Louise aminoró la marcha y la miró.

—La verdad es que desde hace un tiempo me encuentro regular —dijo Erica—. Y creo que es por la alimentación y por la vida sedentaria que llevo. Además de la edad, claro. No nos olvidemos de la edad. Ya he empezado a sentir cómo se acerca el climaterio. ¿Tú no?

Louise empezó a moverse de nuevo.

—Bueno, yo soy unos años mayor que tú, pero... —Louise respondió con voz vacilante y aumentó la velocidad al pasar por delante de la farmacia—. A mí me quitaron la matriz de joven. Cáncer. Así que lo que fue motivo de una gran tristeza en la vida empieza a convertirse ahora en una bendición.

—Vaya, perdona, no lo sabía.

Erica hizo una mueca: como siempre, metiendo la pata...

—No importa. No es ningún secreto, es solo que rara vez sale el tema. «Hola, me llamo Louise y no tengo matriz.»

Erica se echó a reír. Eso era lo que más le gustaba de ella, lo directa que era y el sentido del humor tan sarcástico que tenía.

Se conocieron por los niños. Maja y William, el hijo de Louise, que era algo mayor, se hicieron amigos en cuanto se cruzaron en el parque de la plaza de Ingrid Bergman. Y mientras los niños jugaban, ellas se pusieron a hablar. Eso fue el verano pasado, y ahora aprovechaban para verse en cuanto Louise llegaba a Fjällbacka con la familia.

—¿Y qué tal llevas lo de esta noche?

Erica saludó a Dan, el hermano de su marido, que en ese momento salía del aparcamiento del supermercado. Él le devolvió sonriente el saludo, y Erica casi creyó adivinar que se reía un poco al verla hacer ejercicio.

—¿Qué quieres que te diga? Mitad y mitad. Mis padres llegan dentro de una hora o así, y con ellos ya se sabe. Pero les han prestado una casa en Badis, así que están contentos. Y luego está lo de la fiesta. Henning dice una cosa, Elisabeth dice otra. Y todos sabemos que al final será como diga Elisabeth, pero siempre soy yo la que tiene que transmitir esa información.

—Vamos a pasarlo genial esta noche, ya verás —afirmó Erica. Louise se volvió y sonrió.

—Eso lo dices por ser amable. «Pasarlo genial» no es la expresión que yo utilizaría para unas bodas de oro. Pero la comida es buena, yo misma la he probado, y habrá vino a raudales. Además, me he asegurado de que tengáis un buen sitio. Patrik disfrutará del inmenso placer de tenerme a mí a su lado, y tú, a mi encantador marido.

—Maravilloso —celebró Erica, y se llevó la mano al costado. Había empezado a darle flato.

Ya estaban bordeando la montaña para volver al pueblo, y acababan de dejar a la derecha una cuesta muy empinada que, cuando Erica era pequeña, recibía el nombre de Siete Baches, y donde se podía bajar con el trineo a lo que entonces pensaba que era una velocidad de vértigo. Trató de contar cuánto les faltaba para terminar la ronda y confirmó que era demasiado.

Ante ella iba saltando rítmicamente la coleta oscura de Louise, que, sin esfuerzo aparente, seguía subiendo a buen paso. Erica se agachó y echó mano de una piedra a la que se aferró fuerte con la esperanza de que le sirviera de ayuda para combatir aquel flato cada vez más doloroso. Solo cabía constatarlo: el deporte no era lo suyo.

—¿HAS HABLADO CON ella?

Tilde abrió de par en par sus bonitos ojos azules mientras sostenía en el aire un vestido con un escote muy pronunciado.

Rickard Bauer vio que en la etiqueta ponía D&G, y supuso que habría pagado por él entre treinta y cuarenta mil. Pero a Tilde eso no le preocupaba. O, mejor dicho, no le había preocupado hasta ese momento, cuando, de repente, en su American Express no parecía haber una cantidad infinita de dinero que gastar en Estocolmo, París, Milán y Dubái.

—Ya hablaré —respondió él sin poder ocultar su irritación.

La voz de Tilde había empezado a irritarlo cada vez más. ¿Siempre la tuvo así de chillona? ¿Y así de infantil?

—No quería hablar con ella hasta después de la fiesta. Ya sabes cómo se pone mi madre, se preocupa, y no quiero estropearle la noche.

—Ya, pero Rickard, prométeme que hablarás con ella mañana, ¿sí? ¿Seguro?

Tilde frunció los labios y sacó pecho. Acababa de ducharse y estaba desnuda; solo llevaba una toalla alrededor del pelo. Rickard notó la reacción. Aquello lo fascinaba. Que el cerebro se irritara con ella, pero el miembro reaccionara como bajo una orden ante su sola presencia.

—Te lo prometo, cariño —respondió, y la tumbó en la cama de la que acababan de salir.

Ella chilló entre risitas.

—Ven conmigo, *baby* —dijo ella con voz infantil—. Ven, corre, ven.

Rickard hundió la cara entre sus grandes pechos, que lo aislaron del mundo.

ELISABETH BAUER SOSTUVO en alto los pendientes de color rojo de su abuela materna; harían juego perfectamente con el vestido que había elegido ponerse para la cena. El negro, que llevaría durante el baile, estaba colgado en la percha. Era más fino y más ligero para bailar que el otro, un tanto excesivo, con el que solo

tendría que estar sentada. YSL y Oscar de la Renta, adquiridos en París la primavera pasada, durante el par de semanas que Henning y ella habían pasado allí, en el apartamento. Cuando se trataba de comprar algo para una ocasión especial, como unas bodas de oro, por ejemplo, entonces no había otro lugar imaginable que París.

Elisabeth dejó los pendientes con cuidado en la cajita forrada de terciopelo azul oscuro. Se sobresaltó al oír que otra cascada de agua se estrellaba contra la ventana del dormitorio. Vivían en Skjålerö, en una casa de una sola planta, y las olas alcanzaban todas las ventanas. Aquella era su vivienda más sencilla. El piso de Estocolmo, el de París y la casa de la Toscana estaban decoradas de una manera mucho más lujosa. Pero aquel era el lugar que más le gustaba sobre la faz de la tierra, donde había pasado todos los veranos desde el día que nació. El nombre de Skjålerö no tenía nada que ver con los espíritus, procedía de la palabra que usaban antiguamente en Bohuslän para referirse a los mejillones. La isla entera estaba llena de montoncillos de preciosas conchas de mejillón. Las gaviotas las dejaban caer desde gran altura para que se estrellaran contra el granito rosa y así poder extraer la carne del interior. Pero las conchas se quedaban allí y otorgaban un toque azul a la aridez de la isla.

Su abuelo la compró en su día, y ahora le pertenecía a ella. Aquel pequeño reducto a las afueras de Fjällbacka siempre había ejercido sobre ella un influjo casi mágico. En cuanto llegaban allí, era como si se esfumaran los problemas. Allí nadie podía dar con ellos. Eran inexpugnables. Inaccesibles.

Durante muchos años, ni siquiera había teléfono en la isla, solo una radio bidireccional. Claro que de eso hacía ya varios decenios. Ahora disponían de todas las comodidades: teléfono, electricidad, wifi y canales de más en el televisor para los nietos. Louise y Peter eran demasiado permisivos con el horario de televisión de los niños. Dejaban que se pasaran las horas muertas

viendo coloridas figuras que se golpeaban y que armaban muchísimo ruido en lugar de ponerse a leer un buen libro. Pensaba hablarlo con ellos llegado el momento. Aunque, claro, lo de darles consejos sobre los niños era un tema delicado. Además, tal vez lo fuera incluso más después de lo que le había ocurrido a Cecily.

Elisabeth desechó ese recuerdo tan desagradable y guardó con cuidado cada vestido en su bolsa. Sabía que podía pedirle a Nancy que lo hiciera, pero le encantaba tocar aquellos tejidos tan costosos de una calidad extraordinaria. Nadie como Oscar a la hora de hacer vestidos.

—¿Henning? —llamó mirando a su cuarto de trabajo, aunque no esperaba obtener más que un gruñido por respuesta.

—Mmm... —oyó, en efecto, que contestaba al otro lado de la puerta cerrada.

—Estaba pensando que podrías ponerte el esmoquin de Savile Row. El que encargamos hará un par de años. ¿Te parece bien?

—Mmm... —volvió a oírse desde el despacho, y Elisabeth sonrió.

El esmoquin ya estaba guardado en el equipaje que debían llevar a tierra firme. Pero, durante todos aquellos años de matrimonio, había aprendido que era importante que su marido se sintiera implicado y que su opinión también contara. Aunque la decisión ya estuviera tomada. Precisamente, era una sugerencia que pensaba hacerle a Louise. Con la mejor intención.

Estocolmo, 1980

A PYTTE LE encantaba ver a Lola arreglarse para la velada. Era algo mágico. Cada noche seguían la misma rutina. Pytte se tumbaba bocabajo sobre el cojín de terciopelo, con la barbilla apoyada en las manos, mientras Lola se sentaba delante del tocador atestado de frascos y se ponía guapa.

—¿Qué te vas a poner esta noche? —preguntó Pytte mirando hacia el armario con chiribitas en los ojos. Todo lo que había en el armario de Lola le gustaba.

—¿Qué te parece la blusa rosa que va acordonada a la espalda? Con los pantalones de pitillo rosa chillón. Luego un simple moño en la nuca y los pendientes de diamantes, ¿no?

Lola se volvió hacia Pytte, que asentía encantada.

—¡Sí, la blusa rosa me encanta! ¡Es mi favorita!

—Lo sé, cariño.

Lola se giró de nuevo hacia el espejo y empezó a maquillarse con sumo cuidado. Al igual que cada noche. Si se celebraba una fiesta, podía ocurrir que se maquillara más, y a Pytte le encantaban esas noches. Pero aquel día era solo trabajo, y entonces se pondría primero una crema, luego polvos, perfilador, rímel, un poco de color marrón en las cejas con cepillito y, para terminar, uno de los muchos lápices de labios que tenía dispuestos en tazas de café en la mesa del baño. Esa noche eligió uno de un color rosa vivo.

Con sumo cuidado, se pintó por dentro del borde y juntó sonoramente los labios antes de cortar un trozo de papel higiénico y aplicarlo sobre ellos con suavidad. Luego eligió la peluca. Ella tenía el pelo largo y cobrizo, brillante, pero en el trabajo solía llevar alguna de las pelucas. Después de estar mirando un rato las cinco que tenía en soportes de corcho con forma de cabeza, eligió una de color castaño y media melena. Se la puso sobre su pelo, pulcramente recogido con una redecilla, se ajustó la peluca y se la recogió en un moño en la nuca.

Lola se dirigió al armario y se puso la blusa y los pantalones rosas con cuidado de que no se le engancharan las uñas, que llevaba muy largas. Por último, eligió un bonito frasco ondulado del tocador y se puso unas gotas de perfume detrás de las orejas y en las muñecas. Luego se colocó delante de Pytte.

—*Et voilà!* ¿Qué te parece? ¿Voy bien preparada para la guerra?

—Vas bien preparada —respondió Pytte con una carcajada.

Cuando fuera mayor, quería ser tan guapa como ella.

Con un bolsito rosa en la mano, Lola se dirigió al vestíbulo.

—Cariño, ya me voy. En el frigorífico hay comida. Puedes calentarla en el horno, pero no te olvides de apagarlo luego. Y acuéstate a las diez como muy tarde, ¿eh? Nada de esperarme despierta. Echaré la llave cuando salga, así que no toques la cerradura y no le abras a nadie. ¿De acuerdo, corazón?

Lola ya estaba saliendo por la puerta y había metido la llave en la cerradura.

—¡Te quiero, cariño! —le gritó a Pytte.

—¡Te quiero, papá!

Luego se cerró la puerta y en el vestíbulo solo quedó un leve aroma a perfume.

—PUES A MÍ me parece rarísimo. ¿Por qué no íbamos a ir?

—Porque lo digo yo.

Rolf Stenklo miró irritado a su mujer. El asunto estaba ya más que zanjado para él.

Vivian lo observaba desde la entrada al luminoso local que él pensaba llenar con todos sus sueños, con todo aquello que hacía que el corazón le doliera y se le alegrara a partes iguales.

—Pero Rolf, son las bodas de oro de nuestros mejores amigos. No te entiendo. Todas las personas que conocemos estarán allí, y muchas personas a las que, sinceramente, nos convendría ver, sobre todo a ti.

A Vivian la voz le sonó chillona, como siempre que se enfadaba. Llevaban veinte años casados, y ese tono le hacía sentir a Rolf que habían sobrado diecinueve.

—Pues no quiero y punto, ¿tan raro te parece? Las celebraciones así no son lo mío, no creo que te sorprenda a estas alturas.

Rolf clavó otro clavo en la pared con la pistola y soltó un taco al ver que entraba más profundo de lo que pretendía. La pistola era demasiado potente.

—Mierda.

Sacó un poco el clavo con el martillo.

—Podrías pedirle a alguien que hiciera ese trabajo por ti —dijo Vivian.

Vio que su mujer miraba con curiosidad las fotografías enmarcadas que descansaban en el suelo apoyadas en la pared, junto a la entrada. Por una vez, no le había permitido participar en el diseño de la exposición. Le dijo que era demasiado personal y, curiosamente, ella lo aceptó.

—¿A Henning y a Elisabeth, por ejemplo, que necesitan ayuda hasta para limpiarse el culo? —protestó enfurruñado.

—Pero ¿qué es lo que te pasa hoy? Yo sé que aprecias a Henning y a Elisabeth, lo sé. Pero primero te niegas a ir a su celebración, y además es como si estuvieras enfadado con ellos de un modo del todo irracional. Desde luego, ¡estás hecho un antipático!

Vivian se cruzó de brazos. Rolf se volvió hacia ella con gesto cansado.

—Ya, claro, y para ti eso es lo más importante en el mundo, ser simpática. No causar problemas. Quedarte muy quietecita. No hablar nunca de lo que te molesta, de lo que importa de verdad.

—En serio, estás imposible.

Vivian salió por la puerta y lo dejó solo, por fin. Rolf echó un vistazo a la estancia, a las paredes vacías, que él pensaba llenar con lo más hermoso que había hecho en la vida.

Lanzó otro clavo con la pistola. Luego echó mano de uno de los marcos baratos con el nombre de la fotografía.

Colgó el marco en el clavo. Retrocedió un paso. Como de costumbre, al ver el nombre que había escrito, sintió que se le encogía el corazón. De culpa. De amor. De nostalgia de un tiempo que pasó para siempre. Pero pronto, muy pronto, volvería a brillar de nuevo la más luminosa de todas las estrellas.

—¿CÓMO VA LA COSA?

Louise Bauer entró acelerada en el gran local llamado Mamsell que se encontraba a la derecha del acceso al Stora Hotel. El

suelo de madera cruja levemente bajo sus pies. Las nubes aún se extendían bajas en el cielo y las olas azotaban los muelles cuando ella irrumpió a la carrera en el establecimiento.

Barbro, la encargada, la seguía con nerviosismo.

—Todo va según el plan —aseguró—. Ahora mismo están a tope preparando la comida, todo está listo para poner las mesas, que montaremos después del almuerzo, el personal está preparado y disponemos de bebida en abundancia. Además, hemos conseguido los distintos tipos que habíais pedido.

—Bien —dijo Louise antes de detenerse—. Los niños. ¿Hay menú para ellos? Max y William no querrán comer lo mismo que los adultos.

Barbro asintió.

—Para los niños hay hamburguesas, y helado con salsa de chocolate de postre.

—Maravilloso. Pues sí, desde luego, parece que lo tenéis todo bajo control. ¿Os han llegado las tarjetas de mesa? ¿Y las habéis cotejado con la lista, para ver si están todos los invitados? No podéis descuidar la colocación de las tarjetas, nos ha llevado meses organizarla.

—Por supuesto, lo hemos comprobado, pero le pediré al jefe de sala que lo vuelva a revisar —respondió la encargada, después de aclararse un poco la garganta.

—Bien.

Louise notó que su respuesta había sonado cortante, pero no tenía paciencia con los fallos y errores ajenos, o más bien, con la falta de rigor.

Echó un vistazo a la sala. En ese momento hacía fresco allí dentro, aunque había encargado unos ventiladores, por si el ambiente se caldeaba con tantos invitados. El local estaba pintado de color verde claro y decorado con motivos exóticos, lo que armonizaba en líneas generales con la temática del hotel. Louise se imaginaba grupos de personas vestidas de gala bailando esa

noche en el salón al ritmo del grupo de *jazz* que tocaría en un rincón que estaban preparando en ese momento.

Sería una fiesta maravillosa. Sería perfecta. Como todo lo que hacía ella. Nada quedaba nunca en manos del azar.

HENNING BAUER APARTÓ la taza de té y se quedó mirando el documento en blanco del ordenador. El cursor parpadeaba burlón sin moverse del sitio. Su pesadilla. El vacío.

Al otro lado de la puerta abierta se oían ruidos y movimiento. Elisabeth estaba nerviosa por la fiesta de esa noche, lo sabía. También él lo estaba. Iba a ser una velada maravillosa. La lista de invitados era impresionante, tal como él quería, y sabía ya de antemano que harían unos discursos espléndidos.

Si él pudiera decir unas palabras al principio... Se sentaba ahí varias horas cada día. Bebía té y miraba el parpadeo del cursor en la pantalla. Sabía que las palabras debían de estar allí, en alguna parte, a su alcance. Se había pasado la vida conviviendo con ellas, no deberían serle ajenas, pero ahora rehuían de él.

Henning se colocó junto a la ventana con la taza en la mano y se quedó observando el paisaje silvestre que se extendía fuera. En verano parecía como sacado de un anuncio de cerveza: el cielo azul, las rocas de granito rosa que resplandecían al sol, los veleros a toda velocidad y en todas las direcciones. Ahora, en octubre, el mar azotaba las rocas como si quisiera hundir la isla en las profundidades. A él le gustaba más así, cuando la naturaleza mostraba sus fuerzas con toda su intensidad.

Henning apretó la taza entre los dedos maldiciendo su suerte.

Allí debería poder escribir. Era el ambiente perfecto. Delante del amplio escritorio, dispuesto junto a la ventana panorámica,

podía verse como una figura bergmaniana, un tipo solitario en un río imparable de creatividad. Pero no se le ocurría nada. Nada de nada.

Un discreto golpeteo en la puerta lo sobresaltó.

—¿Sí? —rugió más arisco de lo que pretendía.

—Perdona, papá, los chicos querían que les ayudara el abuelo...

A Henning se le dulcificó la expresión. En realidad, no le gustaba que lo molestaran en su despacho, pero los nietos podían ir cuando quisieran.

—Pasad, pasad.

La puerta se abrió y allí estaba Peter flanqueado por los dos chicos.

Henning les hizo una seña para que entraran y se sintió reconfortado al ver que las caritas de Max y William se iluminaban al verlo sonreír. Cuando Peter y Rickard eran pequeños, él no había estado muy presente como padre, pero era el espíritu de la época. Con Max y William era distinto, a ellos podía darles el cariño que nunca les había dado a sus hijos.

—Queremos que nos ayudes a elegir la corbata, abuelo.

Max, el mayor, demasiado maduro para su edad y muy serio, sostenía en la mano tres corbatas. William, el pequeño, que siempre se traía alguna travesura entre manos, le mostró también otras tres al abuelo.

A William se le acababan de caer tres dientes, y repitió las palabras de su hermano con un claro ceceo:

—Sí, abuelo, queremos que nos ayudes a elegir corbata.

—Claro, claro que os ayudo. Es un honor. Una distinción. ¿Y sabes qué, William...?

William lo miró entusiasmado.

—Sí, lo sé, ¡mañana vamos a poner la nasa para pescar bogavantes!

Henning le revolvió el pelo.

—Exacto, eso vamos a hacer.

Peter le sonrió contento por encima de la cabeza de sus hijos. Era un buen hijo. Un hijo del que estar orgulloso. Salvo por el hecho de que había elegido al dios dinero y se había convertido en jefe de una empresa de administración de fondos, era todo lo que un padre podía desear. Henning se quedó contemplándolo. A veces le daba la impresión de que Peter aún lamentaba la pérdida de Cecily, pero ese día sonreía abiertamente a su padre.

—Bueno, pues vamos a ver —dijo Henning volviendo a las corbatas—. Ante todo, tengo que saber cómo vais vestidos. ¿Con qué vais a llevar la corbata? Tiene que ser la guinda del conjunto.

En ese mismo instante sonó el móvil, que estaba sobre la mesa, y Henning se sobresaltó. Por lo general lo ponía en silencio tan pronto como entraba en el despacho, pero se le habría olvidado. Se acercó irritado al escritorio, donde resonaba al lado del ordenador, pero se detuvo con la mano en el aire cuando iba a apagarlo al ver quién llamaba. No se conocían, pero hacía varios años que Henning tenía su número grabado en la agenda del teléfono. Por si acaso.

Con mano temblorosa, pulsó el símbolo del auricular verde, y luego el del altavoz. Se llevó el dedo a los labios para que los chicos y Peter comprendieran que debían guardar silencio. Luego dijo:

—Aquí Henning Bauer.

—Soy Sten Sahlén, secretario permanente de la Academia Sueca.

—Sí, hola...

El corazón le latía con tal fuerza que Henning pensó que iba a desmayarse. Empezó a temblarle la mano y, por si acaso, dejó el teléfono sobre la mesa, para no cortar la conversación por error.

El silbido de la tormenta al otro lado de la ventana amplificaba el rumor en los oídos. Ese era el instante hacia el que se

había encaminado toda su vida. Cuando Sten Sahlén empezó a hablar de nuevo, Henning miró a Peter a los ojos y comprendió que su hijo era muy consciente de lo importante que era aquel momento. El instante en el que Henning Bauer quedaría inscrito para siempre en los libros de historia, no solo en Suecia, sino en el mundo entero.

—Henning, me complace comunicarle que la Academia Sueca ha decidido concederle el Premio Nobel de Literatura este año. En breve le proporcionaremos más información acerca de todas las formalidades, y huelga decir que, hasta que se anuncie públicamente, esto debe restringirse al círculo más íntimo. —Una risita—. La mayoría de la gente sigue creyendo que no se lo comunicamos al premiado hasta que no aparezco por la famosa puerta de la Casa de la Bolsa.

Silencio. Lo único que oía Henning era el silbido del viento, el rumor de las olas y el sonido de su corazón. Peter estaba inmóvil, con las manos sobre los hombros de Max y William.

Henning respiró y se irguió un poco.

—Agradezco el honor —dijo—. Por favor, dígame a todos los miembros de la Academia que me siento muy honrado.

Cuando colgó, se quedó mirando el cursor, que aún seguía parpadeando en el documento en blanco. Luego apagó el ordenador.

—¿ESTÁ DESPIERTO EL ojito derecho de su tía? —preguntó Erica cautelosa asomando por la puerta, que estaba entreabierta.

—¡Sí que está despierta! Entra —respondió Anna a voces desde el despacho del chalé de Falkeliden en el que vivía.

Erica se quitó el chaquetón y dejó las deportivas en el montón de zapatos que había en la entrada.

—¿Qué tal va la cosa?